ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ACADÉMICO HONORARIO

## Dr. INDALECIO GOMEZ

EN EL ACTO LITERARIO

CELEBRADO EL 30 AGOSTO DE 1899





BUENOS AIRES
Establ. Tipográfico de Tailhade y Rosselli, Reconquista 425.
1899.

# DISCURSO

DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA ACADEMIA

D. GERARDO ARAUJO

SEÑORAS:

SEÑORES:

Cábeme la honra de presidir el acto clásico que anualmente celebra la Academia Literaria del Plata en honor de su patrona Santa Rosa de Lima, por encontrarse imposibilitado para ello, debido á una desgracia de familia recientemente acaecida, nuestro digno y estimado presidente, Sr. Julio E. Padilla.

Siéntome cohibido al ocupar este puesto de distinción, aunque no sea más que accidentalmente, porque estoy convencido de la distancia que media entre él y mis pobres y humildes fuerzas; pero como vicepresidente, el deber me ha llamado y no he podido menos de acudir, entre tímido y gozoso, á su fiel cumplimiento.

La Academia Literaria del Plata, compuesta en su mayoría de jóvenes que ayer no más abandonaron las aulas, agradecida y alentada por la franca acogida que le presta la sociedad culta de esta Capital, demostrada por la afluencia á sus modestos certámenes y los aplausos prodigados á sus miembros, trabaja y se empeña en aprender y producir, á fin de retribuir en algo y en la medida de sus fuerzas los favores dispensados, presentando todos los años el modesto pero bien intencionado fruto de sus afanes y desvelos.

La Academia ha tenido momentos de zozobra y desaliento, al contemplar derruídas por la traidora parca algunas de las sólidas columnas que sostenían el edificio levantado á costa de tan nobles y perseverantes esfuerzos; pero alentados por nuestros generosos y sabios directores, y confiados en la Divina Providencia, esperamos sin desmayar y no en vano, porque al lado de los pedestales caídos surgieron otros no menos fuertes y robustos.

Con lágrimas en los ojos y luto en el alma vimos que la muerte, en su obra destructora, había arrancado con implacable saña del seno de nuestros Académicos Honorarios los pedazos más caros y que más nos honraban, como un Frías, un Achával Rodríguez, los Estrada y un Pedro Goyena. Pasó la hora de tribulación y tras ella vino la calma, y entonces pudimos darnos cuenta de que si grande había sido la pérdida, no por eso era irreparable, pues todavía nos quedaban campeones igualmente grandes é ilustres.

Podemos decir entonces, que la Academia del Plata cuenta hoy como ayer, entre sus socios honorarios con una pléyade de personalidades de preclaro talento, de vasta ilustración y de reconocida elocuencia que honran no sólo á esta modesta Corporación sino á la República entera y una de ellas es la del Sr. Diputado Nacional Dr. Indalecio Gómez, á quien tengo el honor de invitar á hacer uso de la palabra.

---

Señoras:

Señores:

Por una deuda de gratitud me encuentro en este lugar, que llamaré Tribuna, sin causaros sorpresa, tal es el prestigio que le han dado los ingenios que desde él hablaron: oradores incomparables que vertían la esencia purísima de sus almas en raudales de palabras de mágico poder, cuyos tonos conmovían, cuyo sentido dictaba saludable enseñanza. ¿Sus nombres? No los diré, porque no se crea que sea mi designio elogiarlos; lo que sería, por otra parte, empeño vano. Para su gloria basta el Tiempo, testigo incorruptible, que día por día pasa entre nosotros sin descubrir alguno que les haya igualado. Al observar esto, alguna vez me ha venido á la mente la idea de que, cuando muere un hombre que llegó á la perfección, parece que en compañía de su alma nos abandonara la cualidad en que fué perfecto; si un santo, que la santidad remontara con él al cielo; si un orador, que se alejara de la tierra la elocuencia misma... La elocuencia, Señores, desde que murieron aquellos que tanto brillo y resonancia dieron á la oratoria argentina, está ausente, y no esperéis que haga su aparición en este momento, para poner en mis frases su embeleso, tan gustado de los auditorios. Escuchadme, sin embargo: no por vuestro placer, sino por favorecerme, á fin de que pueda decir este discurso, único valor que la Academia Literaria del Plata, admite á cuenta de la inextinguible deuda de gratitud con que obliga á quienes, como á mí, ha acordado el honroso

diploma de socio honorario. Y sea, de esta suerte, vuestra benevolencia mi título á vuestra atención.

Por razones de circunstancias he pensado que algo debía decir de mi favorecedora en esta ocasión, y en seguida, á poco de meditar, me dí cuenta de que había acertado con el mejor tema del discurso. Es, pues, de ella que he resuelto hablaros.

Es la Academia al Colegio del Salvador, lo que el hogar del hijo emancipado al del padre: una ramificación, un retoño de la fecunda planta. No abandona el padre solícito el nuevo hogar á lo que depare la suerte del joven jefe; ni el Colegio se desentiende de los jóvenes que de él egresan, año tras año, dejándolos expuestos á los azares de su inexperto albedrío. El diario empeño en formar la inteligencia y el corazón de los niños suscita en el alma de los varones píos, que por voto religioso á ello se han consagrado, una especie de paternidad espiritual, frecuentemente más previsora que la que dimana del orden de la naturaleza. Los exámenes finales son el acto que realiza la emancipación de esa potestad moral. Los niños que, terminados sus estudios, salen, dejan un vacio no sólo en las aulas sino también en el corazón de sus maestros. Pero no, no es un vacío este último; es... permitidme que me valga de una imagen que guarda mi memoria de viajero, para expresar con fidelidad esta idea. Hice la ascensión de los Andes y en los páramos de sus altiplanicies me causó maravilla ver bandadas de rosados flamencos que, al aproximarme, movían sus alas en ademanes de volar y que no volaban sin embargo. ¿Qué fuerza mágica los retenia en el lago? Acerquéme más y contemplé que la onda, líquido lecho de su sueño, al solidificarse por la congelación, los había cogido en un rígido abrazo, y los tenía fuertemente asidos. Era la madrugada y así debian permanecer los gentiles prisioneros hasta que acudiese su refulgente libertador: el Sol. Dos horas más tarde había empezado el deshielo y, libertándose, entonces, con un pequeño esfuerzo del abrazo de la escarcha ya por el calor un tanto ablandada, los flamencos hendían los

aires en giros alborozados. Entonces pude observar que cada uno en su blanco lecho dejaba impresa, en bajo relieve, la forma, á manera de quilla, de su cuerpo y algunas plumas... Eso, eso es lo que, cuando egresan, al fin de la alborada del colegio, dejan grabado hondamente los niños en el corazón de sus maestros: la señal, la huella y algunos rasgos del carácter de cada cual; salvo que entre el hielo de las cumbres andinas y el afecto de estos corazones no hay otra analogía que la blancura y la pureza, comunes á la nieve y á la virtud.

Pero no creais, Señores, que sea una huella inerte y destinada á borrarse indiferentemente con el tiempo, como la que os he descrito, que luego después había desaparecido, al liquidarse por completo la escarcha del lago. No tal, sino que en ella se incuban gérmenes de cuidados y de temerosos presentimientos. Qué será de éste y de aquél y del otro y de todos? Este era débil é indefenso; el otro, enérgico, pero díscolo; aquel, perezoso; diligente, pero soberbio, el de más allá. Y, ¡ay! á todos, á los buenos y á los piadosos y á los diligentes y á los negligentes y á los díscolos, sin distinción, los amenazan los peligros inherentes á la juventud: *adolescentium fluctibus, puerilia succedunt;* (1) en ocasiones ignoradas é imprevistas, cuando quizá más destituídos se encuentran de apoyo y consejo saludables; como que Salomón lo dijo ya, que tres cosas había difíciles para él y una que ignoraba completamente: el camino del águila en los cielos, el camino de la culebra sobre la piedra, el camino del buque en medio del mar y el camino del hombre en la adolescencia (2). Camino ignoto el de la juventud y cubierto de asechanzas y peligros ¿cómo no pensar con zozobra en los que lo recorren? Sobre todo cuando se conocen las consecuencias del posible extravío, que tan bien ha descrito Alfred de Musset en esta fuerte estrofa:

Le coeur de l'homme vierge est un vase profond
Lorsque la premiére eau qu'on y verse est impure
La mer y passerait sans laver la souillure
Car l'abime est inmense et la tache est au fond (3).

(1) S. Crisóstomo.
(2) Proverbios.
(3) Nuit d' Aout.

Ya lo veis, Señores: santos y hombres de mundo, sabios y filósofos y poetas, escritores de todos los tiempos y naciones han señalado unánimemente los peligros que corre la juventud. ¿Cómo, entonces, los maestros, en la despedida de sus alumnos, no han de sentir por ellos los cuidados y temores del porvenir? Como las aves que solo se sostienen en el aire agitándolo con sus alas, así vosotros, jóvenes, vivís causando inquietudes y sobresaltos y agitaciones en los afectos que os rodean, de padres, de maestros, de vuestras familias, de la sociedad entera, cuyo renuevo y esperanza sois. Si fuera posible demarcarles con la presciencia del amor y el acierto de la experiencia la trayectoria infalible de su destino á estos seres queridos ¡ah! cuánta paz reinaría en las regiones más puras, más delicadas, más sensibles del alma! Pero no son estos los designios de Dios. Esfuerzo y lucha es la vida y para ser meritorios ellos mismos habrán de labrarse su destino.

Esto no quita, empero, el deber de ayudarlos y guiarlos, de una manera compatible con su libertad. De aquí, que la caridad, origen de los institutos docentes de religiosos, haya sugerido á éstos ciertos expedientes para prolongar en beneficio de los jóvenes, bajo formas, modalidades y en proporciones adecuadas, fuera del colegio, la dirección tutelar con que dentro de él estaban familiarizados: á este benéfico propósito responde la fundación de la Academia Literaria del Plata.

Ocasiones frecuentes de ensayar en actos literarios la propia capacidad, y con el buen éxito de las pruebas y el aplauso, tomar mayores vuelos, corregir vocaciones equivocadas, merced á una crítica sabia y sin pasión; consejos discretos en el arduo problema de elegir una carrera; estímulo para perseverar en las prácticas religiosas que son, á la vez, la demostración del culto y la disciplina y gimnasia de la fe, luz de la inteligencia, vigor de la voluntad, esencia del carácter; un centro de reunión donde cultiven y seleccionen las amistades de la infancia que, fortalecidas por el tiempo, son el mejor capital social que el hombre cuenta en la vida, y ¿por

qué no decirlo también? una escuela de sinceridad y gratitud, nobles prendas del alma, que se cultivan por el trato franco y cordial de los que nos conocieron y amaron desde la infancia, y ante quienes el disimulo se frustra, he ahí lo que, al salir del colegio, necesitan y lo que en esta Academia, con tan sabia providencia fundada, los jóvenes encuentran, en un ambiente análogo al que acaban de dejar, de espontaneidad y llaneza, de recuerdos y vestigios de su edad escolar. Y á la vez, los padres de familia encuentran también en ella, sin solución de continuidad, en la tarea postescolar de librar á sus hijos de los extravíos y disipaciones de la juventud, por la piedad y el estudio, aquella próbida colaboración que les auxilió en la enseñanza de los mismos en la edad anterior.

Seguramente, Señores, que habeis percibido el sentido de mis palabras: colaboración he dicho; no más que colaboración. Porque los agentes principales, aquellos á quienes incumbe el deber de educar á los hijos, son sus padres; los maestros prestan sus servicios á la educación como auxiliares, eficaces y aun indispensables, si se quiere, pero simples auxiliares. Ese deber es el primero, el más sagrado de los deberes de la paternidad, porque en sustancia no es otra cosa que la formación espiritual del hombre. Lo que el alimento para el cuerpo, son la piedad y el estudio para el alma. En el orden de la civilización cristiana sólo la Iglesia ha recibido de Dios potestad docente; pero no se crea por eso que sustituye y reemplaza á los padres de familia en la educación de los hijos; al contrario, ellos son sus agentes necesarios con derechos y responsabilidad propia, nacidos de la constitución misma de la familia cristiana, cuya base es el sacramento que, al ser recibido, imparte todos los derechos y deberes de la paternidad. Los institutos religiosos de enseñanza no se crea que son agentes de la Iglesia para substituir á los padres en el cumplimiento de aquel deber; ni se crea tampoco que éstos lo llenan satisfactoriamente con solo matricularlos en un buen colegio. No, no es así. El colegio es un mero auxiliar,

lo repito. En el hogar es donde los niños deben recibir los primeros ejemplos y estímulos á la virtud y al estudio y aprender á amar el trabajo, á ser asiduos, atentos y respetuosos; es allí donde deben ser preparados á recibir las lecciones del colegio y verificarse día por día el aprovechamiento en los estudios; donde deben corregirse inflexiblemente las tendencias, é inconvenientes que revelan. ¿De qué sirve el mejor de los colegios, si los educandos, al volver á sus casas, sólo reciben en ellas, por un mal entendido cariño, invitaciones á la holganza, á la frivolidad y la disipación del tiempo? Y lo que digo de los colegios, donde la dirección tutelar de los maestros es inmediata, lo digo también, y es cierto con doble razón, de la Academia, donde esa dirección ya no es autoritativa: nulos, absolutamente nulos. serán los más grandes esfuerzos que en ella se hagan en pro de la juventud, si la parte principal de esta sagrada tarea no se desempeña en el hogar.

Cuales son, señores, las preocupaciones de las familias acerca de los adolescentes que terminan sus cursos de enseñanza secundaria? Pienso que pueden reducirse todas, á pesar de ser numerosas y variadas, á dos categorías. Las que se refieren á la moralidad y las que se refieren á la carrera, ó sea, á la aplicación de la capacidad y de los talentos á los diversos fines que persigue la actividad de los hombres. Respecto de la primera diré pocas palabras: bien sabido es que no hay garantía de moralidad tan eficaz como las prácticas religiosas; por eso están establecidas en la Academia. Con ellas y todo, será cierto todavía el dicho de Salomón: que es imposible conocer el camino del hombre en la adolescencia; pero gracias á ellas, podrá decirse con certidumbre que su rumbo no es el de la perdición. Pero ¿de qué sirve que estén establecidas, si vosotros, padres, no dais, el ejemplo? Pensáis que si os desentendéis de observarlas no harán lo mismo vuestros hijos? Y si juzgáis que para ellos son un bien ¿por qué os priváis de él vosotros? Porque abandonáis los sacramentos á

las mujeres y los niños, como si fueran cosas de seres débiles, siendo así que, en verdad. son la comunicación de la fortaleza misma?

Pero sobre todo, ¿por qué habéis consentido en su desconocimiento como la base y fundamento de la constitución de la familia cristiana? Y ved las consecuencias. Ya se os niega el derecho y el deber de educar á vuestros hijos que, según esa constitución, os corresponde exclusiva é inalienablemente. Ya se ha proclamado por órgano autorizado el derecho soberano y excluyente del Estado de educar y formar la juventud.

Vuestros deberes consisten únicamente en conservar la especie, en alimentar, vestir y prestar cuidados físicos á los cuerpos de vuestros hijos; pero respecto de sus almas carecéis de deberes y de derechos. El Estado hará de ellos ateos ó creyentes, poetas ó mercaderes, médicos, veterinarios, agrónomos, abogados, diplomáticos, magistrados, profesores, soldados y aun sacerdotes, según las tendencías de la época y las veleidades de los partidos en el poder. Sólo él será el dispensador de la enseñanza y de los diplomas de competencia; sólo él será el modelador de los caracteres. Dueño y señor de la raza humana, dentro de sus límites territoriales, la dirigirá y manejará como si fuera un simple agente de fuerza, ni siquiera con un criterio de virtud ó de gloria, sino con el criterio económico de la producción y la riqueza, que, segun dicen, es hoy la última palabra de la política, la sabiduría del mundo. Y, ¡funesta aberración! reivindicase para el Estado la potestad educacionista precisamente en la época en que prevalece la doctrina de que la única acción legítima del Gobierno es la que va enderezada al fomento de los intereses materiales y que no hay campo para la actividad política de los hombres sino en los partidos que enarbolan banderas económicas. Protestad, señores, resistid por todos los medios contra estas ideas paganas, repugnantes al orden de la naturaleza, que pretenden inhibiros en el ejercicio del más precioso de vuestros derechos y abolir el más sagrado de vuestros deberes — que la Pro-

videncia ha grabado con caractéres imborrables en el fondo de la conciencia — arrancándoos vuestros hijos para confiar su educación al Estado, que según este cesarismo importado, contrario á todas nuestras tradiciones y á la índole de la familia argentina, sería el supremo artífice de los hombres y tendría el derecho de educarlos y formarlos en el molde de las necesidades movibles y transitorias de la sociedad, por él mismo interpretadas y definidas: por él, que no tendría capacidad ni acción sino sobre los intereses materiales!... Pero no lo olvidéis, señores: si os son caros y preciosos los derechos y los deberes consagrados por la constitución cristiana de la familia, es menester que la guardéis y observéis en toda su integridad; de otra suerte, vuestras protestas y vuestra resistencia parecerán más bien inspiradas por la conveniencia y no por una convicción profunda de principios y por lo tanto careceréis de energía y no sabréis imponer respeto y freno á los avances del Estado.

Las preocupaciones relativas al aprovechamiento de las fuerzas desarrolladas y del capital intelectual creado por la educación son, sin duda, tan graves como justificadas, atento que la acertada elección de la carrera es por sí sola prenda casi segura de logro y de buen éxito; y causa sorpresa que, siendo esto una verdad tan notoria, las resoluciones que se toman en asunto tan importante y trascendental con frecuencia, no sean, sin embargo, el fruto del exacto conocimiento de las aptitudes y de una madura deliberación; sino el resultado de la baratura de los estudios profesionales y de veleidades inconsultas. Se da una carrera á los jóvenes como se pone nombre á los niños, por predilecciones fútiles, por la moda, por cualquier motivo, sin ninguna razón — ¿Por qué se llama Eduardo vuestro hijo, señora?- Porque Eduardo es un nombre eufónico y aristocrático. Motivo, aunque frívolo, suficiente, porque el asunto no es de gravedad,—Y ¿por qué destináis para abogado á vuestro hijo, señor?—Por que es una profesión distinguida y de porvenir político. Y ya es rutina, todos hacen lo

mismo y por los mismos motivos. Pero, señor, si no hay carrera que sea intrínsicamente distinguida en contraposición á las otras: todas lo son, para los que, siguiéndolas con verdadera vocación, llegan á sobresalir en ellas, á ganar fama, honor y provecho. Un químico, un mecánico, un electricista, que ha aumentado el caudal de los valores y fuerzas del mundo con sus descubrimientos ó con aplicaciones nuevas, que ha adquirido renombre y fortuna, es más distinguido que todos los abogados anónimos que pasan sus días emborronando papel sellado y solicitando empleos é intrigando por diputaciones. Convenido; pero ese químico famoso no tiene porvenir político. Oh! la carrera política! Sueño de los jóvenes, anhelo de los padres, extravío de nuestra incipiente democracia! Existe, sí, esa carrera y es noble y es digna de las almas fuertes y conduce á la gloria. Pero, á diferencia de las otras ,no es una profesión y cual ninguna requiere condiciones excepcionales en los que á ella desean consagrarse: abnegación hasta el sacrificio, carácter intachable, voluntad firme, gran capacidad intelectual, amor al pueblo, respeto á la ley, religión y sobre todo prudencia. ¿Es sabio? decía un santo que era un gran filósofo, que nos enseñe. ¿Es valiente? que nos defienda. ¿Es prudente? que nos gobierne. Sólo los que poseen esos dotes pueden pretender legítimamente la gloria de gobernar y dirigir las naciones.

A mi entender, se da una noción exacta de la manera de elegir con acierto una carrera, diciendo: que se ha de tratar de establecer algo así como una ecuación entre la plenitud de las aptitudes y energías de un joven y la plenitud de los resultados que con ellas pueden alcanzarse. Aquella debe elegirse en la que á la suma de fuerzas correspondan resultados proporcionados. Las hay que demandan mayores esfuerzos que otras; poner en aquellas un ser débil es condenarlo á un seguro fracaso; poner en estas uno fuerte es esterilizarlo ó amenguar su eficacia. En ambos casos hay desperdicios de fuerzas, en perjuicio de la sociedad. Cualquier hombre de buen sentido, medianamente versado

en los negocios, conoce cuales son las aptitudes necesarias para medrar en los varios géneros de ellos; pero es, permitidme la expresión, un mirlo blanco el padre que tiene un juicio exacto de la capacidad de sus hijos: frecuentemente la exageran; pero no son pocos los que por un mal entendido cariño, por no exponerlos á los rigores de la lucha, los juzgan menos enérgicos de lo que son en realidad, y este error parece ser el más general en nuestras clases acomodadas: entre las cuales parece que la fortuna adquirida por los padres sirve en primer término para enervar á los hijos. Es una aspiración muy general dejarles fortuna para que disfruten de ella en la holganza; los más discretos se esmeran en darles la educacion adecuada para que la administren con economía, la conserven y la trasmitan á la generación siguiente; los más, por vanidad procuran que ganen un título universitario, que en el mayor número de los casos, de nada les sirve. No pienso que sea este un orden de cosas perfecto. Bien está que les dejen sus riquezas; pero antes que de su fortuna deberían cuidar de dejarlos herederos de las virtudes y energías que á ellos les hicieron prosperar y destinarlos á una carrera en la que puedan redoblar la eficacia de esas virtudes; de esta suerte las fuentes de la prosperidad general se renovarían y crecerían constantemente.

En el delicado punto de apreciar con exactitud la capacidad, considero que la opinión y consejo de los maestros, que diariamente y por muchos años han observado de cerca y podido comprobar las aptitudes de sus alumnos, es de gran provecho y aún de imprescindible necesidad, para una acertada elección. Ellos conocen no sólo la fuerza y el desarrollo intelectual de cada uno, su vigor y constancia en el trabajo sino también sus gustos, predilecciones y aspiraciones, que son como los signos reveladores de la vocación ingénita. Está bien eso, me diréis, pero ¿qué servicio está llamada á prestar en este grave asunto la Academia? He aquí mi respuesta: la Academia es, en verdad, esencialmente literaria, en ella ingresan los que se destinan á

las profesiones liberales, que en el estado actual de nuestra sociedad y de los planes de enseñanza, son todos los que han cursado los estudios preparatorios; pero no es un instituto, sino un teatro de prueba, un campo de selección. Si los académicos concurrieran con mayor asiduidad y cumplieran con más convicción y no por mero solaz ó compromiso, los deberes que les impone el reglamento; si las familias prestaran á los actos una atención más interesada, muy pronto se vería claramente quienes eran los que estaban dotados en realidad para las profesiones liberales. La propia conciencia de los jóvenes, los juicios de los directores, la opinión experimentada de los académicos honorarios y la crítica benévola de los compañeros señalarían con fallo infalible, en los dos primeros años del ingreso de cada grupo, quienes deberían perseverar con probabilidades de éxito satisfactorio y quienes procederían cuerdamente dedicándose á otras carreras. ¡Cuán provechoso sería que así se hiciera! ¡Cuántas fuerzas que hoy se malgastan con una aplicación equivocada, oportunamente advertidas por este medio, tomarían otras más útiles!

Es menester, señores, que la selección de las aptitudes se haga de una manera más discreta y oportuna que al presente; y la Academia, como lo habeis visto es un órgano apropiado de esta mejora. No os alejéis de ella temerosos de que su veredicto no sea favorable á vuestro talento para las ocupaciones liberales; porque la peor parte no sería de los que resultasen sin aptitudes para las profesiones de abogado, de médico ó de ingeniero. Es pura rutina y preocupación la preeminencia de que ellas gozan. Los hombres no alcanzan triunfos en la vida, ni son felices ni conquistan nombradía y gloria sólo por la jurisprudencia, la medicina ó la ingeniería. Observadlo bien y encontraréis muchos que han llegado á encumbradas posiciones, que han prestado inmensos servicios á su país, sin haber tenido títulos de doctores, y no hay razón para presumir que, si los hubieran tenido, fueran mejores. Los hombres que han impulsado el movimiento de la humanidad, en las épo-

cas decisivas de la historia no han sido abogados, médicos ni ingenieros. Las ciencias que estos cultivan son nobles y útiles, no cabe duda; pero ni contienen ni proporcionan las fuerzas que han gobernado y gobiernan el mundo. Tampoco conducen ellas exclusivamente á la grandeza y á la prosperidad y nombradía; y podría decirse con verdad que la perfección en ellas no ha sido ni es el atributo característico de la eficacia del hombre. En la Edad Media ese atributo fué la espada, la fuerza, el heroísmo: época de lucha, de destrucción, de creación y de transformación solo prevalecían los fuertes y aún, para sostener y difundir el bien, fué menester ser fuerte, estar armado. En la edad moderna, más prosáica, ese atributo es la riqueza, el capital. Si sea esto bueno ó malo, no lo discuto; pero pienso que en sí mismo no merece aplauso ni vituperio. Es un hecho contemporáneo y debemos reconocerlo como tal y tratar de encaminar sus consecuencias al bien: como en la edad anterior los cristianos se acomodaron al predominio de la espada, despojándolo de su brutalidad y empleándolo en servicio de la verdadera civilización. Si, pues, el capital es en la hora presente el signo de la eficacia del hombre, debemos tener por apetecible el obtenerlo, y son por lo tanto igualmente buenas y dignas todas las carreras que conduzcan á su honrada adquisición. No os escandalicéis, señores, al escucharme, ni creáis que me he convertido al culto del Becerro de Oro. No, estoy muy lejos de tan vil idolatría. Pero considero oportuno, ahora que se trata de justificar por los fines utilitarios el cesarismo docente, demostrar cómo nosotros, los que somos contrarios á tamaña opresión, podemos llegar á resultados análogos, y aun mejores, por caminos más seguros y justos. Para esto no es menester especializar la enseñanza desde la infancia ni predeterminar por la ley las aptitudes, rebajando todos los espíritus al nivel económico; y retardando todos los adelantos con la fijación de una edad legal para el saber; para ello basta y es más seguro y mejor elegir con acierto por libre vocación natural, en la juventud, una carrera, teniendo las potencias del alma formadas en una

sólida educación, sobre todo moral. El bien ó el mal no está en el predominio del capital. El mal consiste en que de los principios de la Ciencia Económica se ha abolido la Caridad; en que, siendo la Economía Política una ciencia social se la ha emancipado de la Moral ó se ha tratado de inventar para ella una Etica positivista independiente de la Religión. Tratemos de corregir este mal en su raiz, y, cuando lo hayamos conseguido, cuando en la producción y sobretodo en la distribución de las riquezas se impone la Caridad — pero no la caridad que se practica dando limosna al pobre ó fundando asilos de desvalidos, sino la Caridad como principio y régimen de las relaciones entre el Capital y el Trabajo — entonces, habremos conjurado los males que amenazan destruir los cimientos mismos del mundo moderno y habremos abierto de nuevo las vías al vacilante progreso de la verdadera civilización.

¿Cómo? ¿Por qué medios? No hay sino uno, la educación cristiana, dada en un ambiente de libertad. El progreso científico y moral periclita por falta de Fe; el progreso material mismo, orgullo de este siglo, periclita por falta de Caridad. Sólo la educación cristiana puede devolvernos esas divinas virtudes y al devolvérnoslas, salvarnos. Defendámosla, pues, reclamemos la libertad de formar en ella nuestros hijos y protestemos contra toda reforma que no la implante plena y francamente. Y en tan noble empeño deben colaborar todos los agentes cristianos de la educación: las familias, que son las interesadas principalmente en la felicidad de los jóvenes, los institutos religiosos de enseñanza y—¿por qué no contarla entre los agentes cristianos?—también la Academia Literaria del Plata, por cuya prosperidad formulo los más ardientes y sinceros votos. Sea ella el faro que atraiga al puerto bonancible de la piedad y del estudio á la juventud amenazada por la borrasca de las pasiones. Sea ella el guardián de las tradiciones de la educación cristiana. Sea también la columna esforzada que en los días de lucha la defienda, combata por ella con denuedo y la saque triunfante.


3 0112 061958200